tiguo orígen: pero Compiègne es mas que una villa y que un castillo; es un bosque.

Cuando las legiones romanas atravesaban las Galias, conducidas por Julio César, se pararon en un plano inmenso rodeado de árboles seculares, y haciendo alto un instante en su carrera triunfal, levantaron al lado de las chozas salvages que ecsistian ya, sólidas casas, una torre fortificada y murallas coronadas de almenas que fueron, permítaseme la imágen, las mantillas en que fué envuelto el cortijo galo, por esplicarme así.

Los druidas abandonaron entónces el bosque de Compiègne, llevando consigo la podadera y los vasos sagrados. La civilizacion romana penetraba en las Galias con la conquista, y para suavizar las costumbres comenzaba por corromperlas.

Despues de muchos siglos de guerras salió por último la monarquía francesa de esos limbos sangrientos: los reyes inertes, satisfechos del ocio que les imponia la ambicion de los merinos de palacio, trazaron el camino que conducia de la capital á Compiègne. Cárlos el Calvo quiso tener allí una cacería, y como por encanto se levantó el pabellon real con el nombre de Carlópolis. Pronto pareció insuficiente ese edificio, y se le agregó un castillo. Desde ese momento marcha Compiègne à conquistar la celebridad: le ha entrado ambicion, y por otra parte, no puede Carlópolis aspirar à todo?

Allà fué à morir Clotario I: allì se hizo coronar Eudes: allí tomò la corona y encontró la tumba Luis Bègue: allí convocó Carloman á los señores franceses y les pidió recursos contra la invasion de los normandos: allí estàn juntos el sepulcro de Luis V el *inerte* por escelencia, y el de Luis Bègue. En dos palabras, coronas y tumbas nada sabe rehusar Compiègne á sus señores.

Hasta el reinado de Felipe de Valois llevó el bosque varios nombres: llamóse primero Servais; luego Halatte, y despues dividido en dos partes, se le designó con la doble denominacion de Brie y de Cuise.

A los combates mortíferos que dieron allí los Francos, en 715, sucedieron luchas ménos sangrientas y feroces. La caza, esa pasion verdaderamente real, atrajo sucesivamente á Compiégne á todos los reyes de la primera y de la segunda raza. Para estos reyes vestidos de fierro eran necesarias distracciones rodeadas de peligros y placeres llenos de fatiga. Los lobos y los javalíes del bosque de Cuise no eran otra cosa que juegos de niños y amables distracciones para aquellos colosos de las generaciones pasadas.

En esa época no habia llegado el arte de la cacería al grado de perfeccion que ha alcanzado en nuestros dias, porque no ecsistian las armas de fuego.

Era pues la caza una verdadera guerra; guerra brutal en la que los instintos de las bestias bravas no eran siempre los mas feroces.

En una hermosa mañana de primavera ó de otoño, se hacian tumultuosos preparativos en la casa real. Mas allá de los llanos brilla el bosque con magestuoso esplendor; fulguran las praderas, los olorosos vallados, las altas arboledas: los flecsibles brazos de los arbustos sacuden suavemente las gotas del rocío; delgados vapores suben al cielo y parece que cubren la campiña con una gasa trasparente. La alondra entona su canto matinal, trina el ruiseñor, y la avecita de azulado talle gorgea sus felices amores á orillas del estanque silencioso. A poco se hace sentir un rumor lejano, confuso al principio, pero despues muy vivo. El sonido de las voces, el galope de los caballos, el choque de las armaduras, el rodar de los carros, los ladridos de los perros, el grave sonido de los retorcidos cuernos, trompetas primitivas de los tiempos carlovingianos, todo anuncia la prócsima llegada del señor. El rey va á cazar á Compiègne, y qué rey! no uno de esos reyecitos afeminados de la edad media, no un hijo degenerado de Catarina ó de María de Médicis, no ciertamente! sino uno de los mas vigorosos vàstagos de Carlomagno, un gigante de fierro que tiene el corazon de diamante; es Carloman, ese Nemrod frances que se hizo matar mas tarde por un jabalí en el bosque de Rambouillet, quien comienza en Compiègne el aprendizage de ese rudo oficio de cazador que debia costarle la vida. Señores, criados que cuidan de los perros, palafreneros, hombres de armas, grandes vasallos, aldeanos, una multitud á pié y á caballo, desemboca de todas partes por las mil avenidas del bosque.

Va á comenzar la partida; el rey vestido á la ligera, monta un fogoso caballo; un page le entrega sus venablos, otro està á su lado para presentarle la lanza; una misericordia de fierro pende de su cintura y su hacha de armas cuelga de la silla.

La señal està dada. Vamos! villanos, despejad el monte, forzad al javalí; adelante! adelante! El rey se lanza el primero, todos le siguen. Vivas, clamores, rugidos, es lo que resuena por todas partes; el recinto formado por los batidores se va estrechando. Los javalíes ostigados aquí y allí, se amontonan bajo sitios impenetrables; en fin, espantados de nuevo, irritados por el ruido atronador de las trompas y de los escudos que chocan unos con otros, se desprenden en furiosa reunion, con la cabeza inclinada hasta parar á los pies de los caballos que respingan á la llegada de los animales.

El espectàculo es imponente entónces. El rey es el mas avanzado y á quien mas de cerca toca el peligro. Un javalí de ojo sangriento, de colmillos desnudos y de erizada piel se lanza sobre Carloman, á quien protege su caballo. El noble animal, inmóvil de horror á la vista de tal monstruo,

ha recibido el choque: por su roto pretal se escapan sus entrañas: aun está en pié, pero vacila; un segundo mas y arrastrará en su caida al ginete. El rey lo siente flaquear, y ligero como el pensamiento, salta á tierra teniendo en una mano su hacha y en la otra el venablo: se va derecho á la bestia, la cual arroja por la boca una espuma sanguinolenta y hace escuchar horribles gruñidos.

La caza toma entónces todas las apariencias de un duelo cuerpo á cuerpo: el javalí atrancado en el ramage retrocede cediendo el terreno palmo á palmo. El rey poseido de varonil intrepidez, le sigue á la espesura revoloteando el venablo sobre su cabeza. Quieren adelantarse para salvarlo, pero él grita «atrás, el que se acerque muere!" y nadie se mueve dejando el desenlace de este drama sangriento á la voluntad de Dios.

Un silencio de muerte sucede al tumulto: el bosque está mudo. Durante algunos instantes no se oye mas que el ruido de las ramas destrozadas y la palpitante respiracion del animal. En fin, repentinamente resuena un grito salvage, se sucede un rugido terrible, el tronco de los tiernos olmos se quiebra al peso de una enorme masa, y Carloman, con el brazo derecho ensangrentado, los cabellos en desórden y el pecho destrozado por una garra potente, reaparece en fin arrastrando à su enemigo vencido que aun lleva clavado en la frente el fierro de una hacha que ninguna fuerza humana podria arrancar.

Fácilmente se concibe que despues de una caza de este género, sentia el rey la necesidad de ir á dar gracias á Dios, á la abadía de San Cornelio. Cárlos el Calvo en testimonio de su aprecio á los canónigos de Nuestra Señora, les regaló los cuerpos de San Cipriano y de San Cornelio.

La abadìa tuvo en tiempo de sus sucesores grande importancia y adquirió inmensas riquezas, pero Jesucristo ha dicho: «Mi reino no es de este mundo." Los canónigos de San Cornelio se olvidaron demasiado de estas palabras del divino Maestro. Las causas de su grandeza vinieron á ser las de su decadencia: entraron á la abadía con opulencia, ociosidad, gula y buen número de otros pecados capitales. Se añade, aunque es de advertir que la malignidad humana gusta de dar crédito à tales rumores, se añade, decimos, que los clérigos de San Cornelio se casaban sin muchas ceremonias y que no pudiendo hacer lo mismo los canónigos, no por eso dejaban de tratar con ciertas señoritas. La absolucion de estas ligerezas, siguiendo siempre á los cronistas, les estaba asegurada por una licencia en forma del buen rey Luis el Gordo. Repetimos que no salimos garantes de esas especies, porque nada hemos visto; pero sí es lo cierto que no tardó en decaer de su antigua importancia la abadía de San Cornelio y que apénas queda hoy un recuerdo de ella.

COMPIEGNE.

Pero silencio! un recuerdo espantoso se presenta ante nosotros. Compiègne, he aquí el mas triste y el mas memorable episodio de tu historia!

La demencia fatal de Cárlos VI y las intrigas de la ecsecrable Isabel, legaron á Cárlos VII una corona sin reino. Los ingleses poseían la mayor parte de nuestro territorio. Apénas un instante llegaba la voz de Inés Sorel á penetrar en la indolencia de su real amante. La Francia estaba perdida! Repentinamente llega à la corte una jóven que es una simple aldeana, y se presenta como enviada por el mismo Dios para libertar al reino. Era aquella una alucinacion sublime? Era en efecto una inspiracion sublime la que animaba à la jóven? Qué importa! En aquella época la corte, el ejército, el pueblo entero, debian sacar un nuevo ardor, para la salud del pueblo, de aquella circunstancia que parecia providencial. El clero y los principales capitanes se aprovecharon hábilmente del entusiasmo general. La misma Juana de Arc se encontró animada de una firmeza, de un valor y de un genio sobrehumanos. Se puso á la cabeza de las tropas, les prometió la victoria, y llenándolas de su propia confianza las condujo al combate; esto era conducirlas à un triunfo cierto.

La catedral de Rheims vió abrirse sus puertas para la ceremonia de la consagracion, y la frente de Cárlos VII recibió la uncion de la Santa Anfora. El rey irrisorio de Bourgues hizo lugar al rey de Francia, y la Francia se salvó.

Persuadida Juana de que su mision estaba cumplida, quiso volverse á su oscura, pobre y modesta ecsistencia; pero los ingleses no estaban definitivamente lanzados del territorio y aun se tenia necesidad de la heroina. A las súplicas del ejército vinieron á unirse las del rey, y Juana se quedó.

Ah! que no hubiera dejado á aquellos señores cobardes, á aquellos sacerdotes sin entrañas, á aquellos capitanes envidiosos, à aquel rey pusilámine! ¡Que no cambiase la espada libertadora de Orleans por el cayado de Vaucouleur! Habria evitado à la Francia una cobardía y una afrenta; á la Inglaterra un crìmen atroz, una mancha indeleble, y á sí misma un horrible suplicio!

Tomado Compiègne á las tropas del duque de Bedford, lo amenazaron éstas de nuevo despues de la accion de Pont-l'-Evêque. Juana, siempre generosa, corrió á Compiègne y se encerró allì. Poco despues sabe que Saintrailles, el mariscal de Boussac y el conde de Vendôme se dirigen á la villa. Para facilitar sus operaciones hace una salida, ataca á los ingleses, da muerte con su propia mano á muchos de ellos, los dispersa y se dispone á volver victoriosa á Compiègne. Pero miéntras que la plaza recibe á los seiscientos hombres que operaron la salida, Juana, que se ha quedado á lo último para asegurar la salvacion de sus compañeros de ar-